

ARTÍCULO

LA PREOCUPACIÓN CONTEMPORÁNEA DE SÍ MISMO^{1y2}

Jean De Munck³PRESENTACIÓN⁴

El texto que presentamos a continuación pretende complementar la discusión generada por su autor en el número uno de la Revista Perspectivas, a través del artículo "Estado de Bienestar y Nuevas Formas de Ayuda Social". Recordemos que en el documento referido, J. De Munck cuestiona las formas tradicionales de intervención estatal en relación con el sufrimiento humano y social, desplegadas en Europa desde principios de siglo hasta fines de la década del ochenta, modalidades cuyas características principales estaban dadas por sus concepciones curativas y redistributivas en la base de las cuales se distinguían, principalmente, el discurso médico y el jurídico. Dichos discursos se constituían en los referentes primordiales de una acción cuyo propósito se orientaba a rehabilitar, reintegrar y/o reparar las fisuras o desajustes sociales generados básicamente como resultado de la "inadaptación" de los sujetos. Las nuevas formas de ayuda social a las que se refiere el autor, serían prácticas sociales que funcionan bajo una lógica distinta de la descrita anteriormente. La idea de una solidaridad planificada, ejercida bajo el alero del Estado benefactor, va siendo progresivamente complementada, y en algunos casos reemplazada, por iniciativas emanadas desde la sociedad civil, al interior de las cuales encontramos heterogeneidad de fundamentos teóricos y de técnicas de intervención; no obstante caracterizar estas formas de aproximación la consideración del otro como un sujeto individualizable, activo, poseedor de un discurso sobre sí mismo y sobre su situación, cuya falta o sufrimiento no necesariamente debe o puede ser obturada ni disminuida a través del saber y de la acción de un "experto". Así como en el pasado la idea de "curar" era la meta que debía ser alcanzada por el

¹ N.T: Este texto titulado "Du souci de soi contemporain" forma parte de la serie "Les Carnets du Centre de Philosophie du Droit", editados por el Centro de Filosofía del derecho, Collège Thomas More, Place Montesquieu, 2, de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, 1994. La traducción al español fue realizada de manera libre por la editora de la Revista Perspectivas Ana María Álvarez Rojas y no ha sido revisada por su autor.

² N.A: Agradezco a Olivier de Schutter y a Antonie Garapon por los comentarios estimulantes formulados a propósito de este texto, redactado en el conjunto de investigaciones llevadas a cabo en el Centro de filosofía del derecho de Lovaina respecto a los nuevos modos de regulación. Más precisamente, fue escrito en el marco de un programa de investigación sobre la deformalización de los modelos contemporáneos de normatividad, que vincula el Centro de filosofía del derecho y la Unidad de sociología de Lovaina y es financiado por el Fondo de la investigación Fundamental Colectiva (Bélgica).

³ Doctor en Filosofía. Investigador del Centro de Filosofía del Derecho de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.

⁴ La presentación de este artículo estuvo a cargo de la editora de la revista Perspectivas.

agente externo en relación con el afectado, escuchar y acompañar se erigen como las únicas actitudes posibles en un mundo que ha dejado de creer, según De Munck, en la infalibilidad del conocimiento científico y técnico, como garante de solución a los problemas del hombre y de la sociedad. Una de las referencias filosóficas principales de estos planteamientos la constituye, indudablemente, M. Foucault, autor en cuya obra y aportes profundiza J. De Munck en este segundo artículo que tenemos la ocasión de publicar. Detrás de la emergencia de estas nuevas modalidades de comprensión y de aproximación al sujeto y su sufrimiento, se encuentran los planteamientos de este "teórico de la subjetivación moderna". La denuncia de Foucault, respecto de la unidad que existiría entre la razón formal, el saber positivo y el control panóptico, con su doble y aparentemente contradictorio proceso de objetivación/subjetivación y su traducción operacional en dispositivos de poder y de control, nos permiten visualizar, según De Munck, un sujeto que sería al mismo tiempo "condición de posibilidad y efecto del dispositivo de la vigilancia", característico de las sociedades modernas. La hipótesis que formula De Munck sobre "una salida global del modelo positivista para las sociedades contemporáneas" y el desplazamiento del prototipo del sujeto del dominio como imagen ideal de racionalidad para dichas sociedades, es, desde nuestro punto de vista, sólo parcialmente aplicable a la realidad de nuestro continente y, en particular, a la situación del país. A pesar de los cambios vividos por la sociedad chilena en los últimos veinte años, instituciones sociales tales como la Escuela, la Familia, la Prisión, siguen todavía funcionando bajo una lógica fuertemente disciplinaria, no obstante haber experimentado nuestro país profundas transformaciones económicas, con fuertes repercusiones en el plano cultural, desde donde emergen fenómenos cuya denominación es todavía compleja y difusa. Para las instituciones mencionadas, los modelos de normatividad socialmente aceptados, deseados y, además, hegemónicos, siguen siendo tremendamente homogéneos, a pesar de las cada vez más visibles expresiones de heterogeneidad cultural y valórica que la realidad cotidiana día a día nos muestra. A pesar de ello, creemos que los planteamientos del autor contribuyen a enriquecer la mirada sobre aquellos discursos y prácticas emergentes que postulan nuevas formas de comprensión de "lo social" y, en consecuencia, de las modalidades de intervención en este campo. La "preocupación de sí mismo", tal como lo indica el autor, aun si se requiere de mucho trabajo filosófico para situarlo en una perspectiva que combine apropiadamente cuestiones estéticas, éticas y políticas, abre el campo a una interesante discusión, donde el menospreciado o, al contrario, excesivamente exacerbado ámbito de "lo individual" y los principios de solidaridad, aparentemente desgastados, dejan de constituirse en realidades excluyentes.

La entrada de nuestras sociedades en la fase post-industrial de su historia parece acompañarse de un fuerte retorno a comportamientos y a ideologías individualistas. En el plano de las representaciones sociales, los años '80 asistieron a una celebración del individualismo liberal más agresivo. Una ideología de "la performance"⁵

(Ehrenberg, 1992) invadió los medios de comunicación de los países occidentales, haciendo la apología del éxito individual en una sociedad de competencia. Por otro lado, un narcisismo consumista parece substituir a la pasión de las movilizaciones colectivas y a la empresa de las ideologías (Lipovetski, 1983). La profundidad del

⁵ N.T: El término "performance" se define como el "resultado obtenido en una exhibición deportiva" (Alcalá, Zamora: 1968:361). No obstante, en el contexto de las sociedades modernas, refiere a la idea de desempeño, de capacidad, de manejo y dominio demostrado en una situación puntual.

movimiento es tal, que el teórico de los movimientos sociales, Alain Touraine, ve ahí una mutación radical del modelo cultural que se situará, en adelante, sobre la idea axial de sujeto (Touraine, 1992). En el plano teórico, los veinte últimos años conocieron una evolución paralela. Sabemos que poderosas olas (estructuralistas y desconstruccionistas) invadieron el espacio de la cultura occidental en los años 60. Estas corrientes teóricas comulgaban en el rechazo a la idea de sujeto, heredada de las luces humanistas. La reacción de los años '80 fue tan radical como exagerada había sido la desmesura de los años 60. Se subraya, en relación con esto, el carácter insoslayable del humanismo del sujeto, a la vez como clave explicativa del desarrollo de la modernidad y como horizonte normativo. La "era del individuo", lejos de estar cerrada, constituye, al contrario, la verdad de nuestro tiempo (Cfr. entre otros Ferry & Renaut, 1986; Gauchet, 1985; y Renaut, 1989).

Es en el campo de la práctica social y, al mismo tiempo, de la problemática teórica donde la "preocupación de sí mismo" retomó un lugar central, al punto de parecer, en adelante, la sola y exclusiva preocupación de nuestros contemporáneos. ¿Hay que ver en ello una continuidad o una ruptura en la historia de nuestras democracias? Las dos tesis parecen defendibles. La primera sostiene la continuidad: el proyecto de subjetivación de la relación social, ¿no pertenece, acaso, desde su emergencia a la modernidad misma? ¿La modernidad no es, en el fondo, esta "metafísica de la subjetividad", cuyo desarrollo describe Heidegger a partir de "la imagen del mundo" cartesiano? Extenso movimiento de la modernidad aquel de un individualismo categorial que infiltra progresivamente todos los sectores de la existencia, pero acaso, ¿la tesis contraria no sería también verosímil? No se puede negar el cambio social que tiene lugar bajo nuestros ojos. Desde hace más o menos 30 años los discursos morales universalistas se detienen, las antiguas mediaciones colectivas se

fragilizan, para ceder el paso a un individualismo de un estilo nuevo narcisista y sin ilusión. Todo parece indicar que Occidente entrara en un nuevo período alejandrino donde se cultiva la preocupación de sí mismo y la salvación individual en un mundo que hemos renunciado a asumir colectivamente.

Yo sostengo que las dos tesis (el individualismo como ruptura de la modernidad versus el individualismo como ruptura en la modernidad) son compatibles, con la condición de renunciar a dos defectos simétricos. El primero sería pensar en la dinámica histórica del individualismo moderno exclusivamente en términos de valores y de normas. Ciertamente, desde el siglo XVI el "valor individuo" orienta el despliegue de la modernidad. Pero ésta pasa por dispositivos de poder, por modelos normativos que le dan una forma concreta y proponen una interpretación contextualizada. Es por esto que ninguna teoría del sujeto moderno puede evitar apelar a la concreción de las relaciones sociales e históricas. Pero ello no implica asumir el camino opuesto: el sociologismo que negaría toda pertinencia a una teoría del sujeto a nombre de un énfasis puesto sobre el colectivo y las relaciones sociales. No tenemos necesidad, a la manera de Durkheim o de Marx, de ver en el individualismo un error metodológico y de confiar solamente en una ciencia de la "totalidad social". El individualismo es, ciertamente, una de las claves de nuestra sociedad moderna; pasarlo por alto sería condenarse a no entender nada de nuestro presente.

Se requiere, entonces, situar el individualismo contemporáneo en una historia larga de la modernidad. También es necesario comprenderlo como un fenómeno particular, vinculado a la coyuntura histórica del fin de siglo. Una teoría del sujeto debe, hoy día, responder a este doble desafío. Me ha parecido que uno de los mejores caminos en este sentido era retomar el diálogo con quien se constituyó en el teórico de la subjetivación moderna: Michel Foucault. Como él

mismo lo señalara en una de sus últimas entrevistas, la teoría del sujeto es, en el fondo, lo que constituye el horizonte de su trabajo: "no es el poder, sino el sujeto lo que constituye el tema general de mis investigaciones" (Foucault, 1984 b:300).

Para establecer este diálogo voy primero a recordar la tesis central de Foucault, que vincula la construcción moderna del sujeto a dispositivos de saber/poder en una sociedad de la vigilancia (I). Después, inspirándome en el modelo de Foucault, me gustaría esbozar una descripción de los nuevos procedimientos de constitución de la subjetividad en la sociedad contemporánea, muy diferentes de aquellos de la vigilancia (II). Retomaré enseguida un punto de vista meta teórico sobre la obra de Foucault e interrogaré el valor normativo del descentramiento post-moderno del sujeto, y de la estética de la existencia propuesta por Foucault al final de su vida (III). Terminaré con algunas consideraciones sobre el tipo de teorías del sujeto a las que apela la situación presente (IV).

¿Cuál es la apuesta de este procedimiento que acabo de exponer? Existe allí una posición exacta, es decir, descriptivamente informada y normativamente crítica de lo que se llama, de manera a menudo demasiado periodística, el "individualismo moderno". Mi propósito es mostrar que las formaciones culturales e ideológicas que percibimos a nuestro alrededor no asumen su sentido y su función más que en relación con una teoría global del modelo de regulación que organiza la vida social. Para pensar la configuración y la eficacia de tales modelos, Foucault sigue siendo un guía extraordinario. Escuchémoslo.

MODELO DE REGULACIÓN Y SUBJETIVIDAD

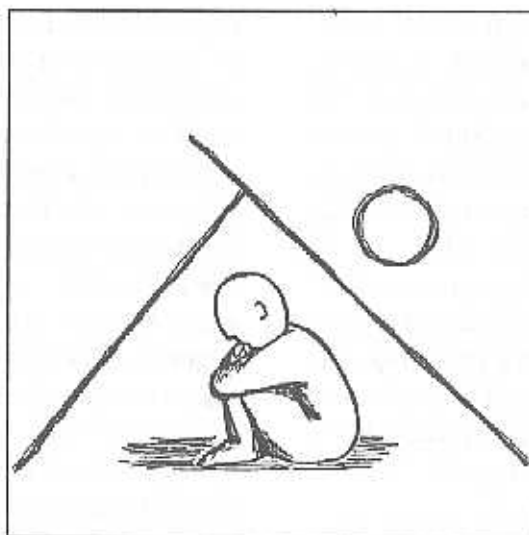
¿Cuál es el gran descubrimiento de Foucault respecto de la subjetividad moderna? Es la hipótesis

que la emergencia efectiva del sujeto en la sociedad moderna pasa por el despliegue en el seno de las prácticas cotidianas de la vida social global, de un modelo de normalidad y de control preciso. Entre la constitución del individuo moderno y la organización del campo social sobre la base de esos dispositivos de poder y de saber, hay un vínculo que no tiene nada de azaroso. Es esta correlación fundamental la que debe ser revelada por la mirada desmitificante del genealogista. Un antídoto poderoso es propuesto frente a una historia idealista de la subjetividad moderna que se vincularía a la historia de las ideas o vería en la modernidad el simple avance de los valores del individualismo. Para Foucault, el individualismo moderno no debe nada a los derechos del hombre ni a los ideales que ellos expresan; al contrario, debe todo a las técnicas de poder que disimuladamente reorganizan la totalidad de las relaciones sociales.

El modelo de regulación social que Foucault describe en "Vigilar y castigar" y en el primer tomo de la "Historia de la sexualidad", vincula de manera indesmentible un cierto tipo de funcionamiento de la norma y del saber, con un cierto modo de ejercicio del poder.

Sobre la cuestión de la normatividad, los análisis de Foucault son parcialmente convergentes con aquellos de Weber: Lo propio de la razón moderna es, primero, construir una relación formalista a la norma. El modelo del código cerrado, completo y sistemático es para la primera modernidad, el centro mismo de la autorrepresentación de la razón. En ese caso, la racionalización exige de la norma claridad y determinación; el objetivo es evacuar al máximo los márgenes de indeterminación. De ahí la pasión del enmarcamiento, del reglamento y de la organización que describe ricamente Foucault, identificando la introducción de la regla en los más mínimos intersticios de lo social. Este tipo de normatividad conduce a una estandarización de los gestos, de los

espacios y de los procesos: los empleos de los tiempos exhaustivos, la descomposición de los gestos cotidianos, el arreglo de un espacio en el que cada uno tiene un lugar fijado y funcional; todos estos dispositivos encarnan una misma celebración del formalismo. Una pasión de la unidad habita este modelo. La norma debe ser única, sin competencia posible. El conflicto de



normas es vivido como una brecha inaceptable en el espacio de la predictibilidad social. Y como sistema axiomático ideal, esta regla no tiene vacíos: en una situación, un sistema de normas prevé a priori todos los eventos posibles. Era al menos la intención de este tipo de modelo normativo. En la escuela como en la prisión, en el asilo como en las Fuerzas Armadas, esta racionalización está presente, de una manera plural, ciertamente, pero finalmente unificada y coherente. La diseminación del poder sobre la cual insiste Foucault no lo conduce a un reconocimiento de la pluralidad de los mundos normativos. Al contrario, lo que dicho autor releva son las convergencias normativas, ciertamente formales, que tienden a homogeneizar el espacio social. Si hay diseminación, se trata de la multiplicación de un fractal⁶ más que de una dispersión irreductible.

Pero no nos equivoquemos en eso: el formalismo no es el único registro discursivo normativo de la razón moderna. Sobre ese punto Foucault va más allá de Weber. Otro discurso acompaña los códigos y las interdicciones, la burocracia de lo cotidiano, la minuciosa

reglamentación de los tiempos y de los lugares: el saber positivo, aquel de los médicos y de los psiquiatras, de los demógrafos y de los pedagogos, de los sociólogos y de los economistas. Foucault realiza un paso decisivo identificando la normatividad escondida de esos discursos científicos que no pretenden (ilusoriamente) más que la constatación científica. Tanto es así, que debemos pensar el discurso

de la normatividad moderna como el despliegue y la superposición de dos registros, de dos formas opuestas y complementarias: por una parte está el discurso del código y de la prohibición, y por otra, el discurso de la ciencia que fija el límite de lo patológico. La "norma" asume una ambivalente significación: es por una parte la regla y por otra parte lo normal. Extraordinaria operación que reúne en la práctica, en un astuto equívoco, lo que por otro lado la razón positivista no ha parado de oponer: el valor y el hecho. Desde varios puntos de vista, el saber positivo se da, en efecto, como la negación de la operación normativa: ahí donde el código impide, el saber constata; ahí donde la prohibición identifica y homogeniza, priva y excluye, la ciencia fragmenta y disemina, hace la lista de las multiplicidades, toma nota de las diferencias e incluye sin prohibir; ahí donde el reglamento sanciona y castiga, el experto observa, acompaña y cura. La oposición de los dos modelos es notable, particularmente en la historia de la sexualidad: el saber sobre el sexo que se despliega en el transcurso del siglo XIX "no tiene ni la forma de la ley ni los efectos de la prohibición. Procede, al contrario, por desmultiplicación de las sexualidades singulares. No fija fronteras a la

⁶ N.T: Un fractal es una figura geométrica cuyas partes tienen la misma estructura (irregular y fragmentada) que el todo pero a escalas diferentes (Salvat, Multimedia, 1998).

sexualidad; prolonga sus formas diversas manteniéndolas según líneas de penetración indefinida" (1976:64). Y en términos de periodización, es verdad que el registro formalista ha prevalecido en la primera modernidad, mientras que la referencia científica se impone sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En la polarización de las fuerzas del progreso y de la reacción, el saber positivo ha frecuentemente aparecido como la vía de una emancipación nueva, camino de una izquierda iluminada que conduce a una "Ingeniería Social"⁷ que objeta las reglas y las prohibiciones de la primera modernidad.

Sin embargo, la obra de Foucault sugiere que esta polaridad aparentemente confortable constituye un señuelo: ella esconde la profunda solidaridad del Reglamento formal y de la Ciencia substancial, la unidad de la ciencia positivista. En otros términos, la distinción semántica entre norma y constatación entre valor y hecho aparece como una mistificación desde el momento en que uno se interroga sobre el valor de uso de esta distinción, es decir, sobre su pragmática. En esta última perspectiva, la ciencia aparece tan normativa como la ley.

No hay entonces una razón material que sucedería, oponiéndose a ella, a una razón formal. Hay sólo un tipo de razón cuyas modalidades puede detallar el historiador, pero, ciertamente, no puede borrar su unidad. ¿Cómo, entonces, calificar ese nudo central, cómo describir ese corazón esencial de la modernidad? Es necesario, responde Foucault, verlo como un dispositivo de control: el poder moderno visualiza la normalización de los comportamientos y se ejerce por la vigilancia. Ya sea mediante el código o la mirada clínica, es la misma pasión totalizadora, la misma voluntad de dominación, la misma técnica de objetivación y de

sometimiento. Este control social nuevo es un control jerárquico que presenta una particularidad destacable: tiende a organizar un espacio de visibilidad social lo más amplio y lo más profundo posible, haciéndose al mismo tiempo invisible. Este poder omnisciente no es más que la mirada pura por la cual los cuerpos son vistos, configurados, contruidos como tantas piezas de la maquinaria social. Al contrario del poder soberano del Antiguo Régimen, que pretendía hacer visible el cuerpo del rey, manifestar el ejercicio de su poder en las impresionantes torturas y en hechos ejemplificadores, el poder disciplinario se ejerce bajo la forma de una vigilancia desmultiplicada: tiene el rostro gris de un encuestador, de un guardia mecánico, de un funcionario celoso. La centralización de las informaciones sobre los sujetos, su examinación sin cesar repetida y profundizada, son los verdaderos mecanismos de control de esta sociedad que ha sabido aparentemente desembarazarse del horror de la violencia, a través de su capacidad de inventar un control de multitudes más aséptico, más total y finalmente más eficaz. Los psicólogos y los sociólogos, estos expertos escrutinadores del alma y de los colectivos, son un rodaje intrínseco de los dispositivos de normalización. Su ciencia permite una racionalización de los mecanismos por los cuales la sociedad moderna construye un saber sobre sí misma y sus miembros, y de ahí produce, del caos social, un cosmos regular. Ella permite también el desarrollo cada vez más refinado de programas de evaluación y de sutiles instrumentos de coerción, que poseen toda la fuerza de la legitimidad que da una palabra científica. Entre sus métodos de reunión y de construcción del saber, y las técnicas de poder desplegadas en el gobierno de los hombres, hay traspaso y reciprocidad, coordinación y apoyo mutuo.

⁷ N.T: En inglés en el texto original "social engineering".

Así, Foucault sostiene que un vínculo interno y necesario liga la razón formal, el saber positivo y el control panóptico⁸ de la sociedad moderna. Ese dispositivo racional induce un doble proceso, aparentemente contradictorio: un proceso de objetivación y un proceso de subjetivación. De ahí la producción de una figura específica de la reflexividad, la definición de una manera particular de ser sujeto en el vínculo social. La objetivación cognitiva y práctica de los individuos es el efecto del dispositivo de la vigilancia. Bajo la mirada del experto, el individuo puede ser estudiado cada vez con mayor profundidad, analizado, descompuesto; su singularidad se explicita en relaciones sapientes, su diferencia se mide para luego ser comparada con la norma y rectificadas en consecuencia. En cuanto a la subjetivación, proceso que hace del "individuo objetivado" un "sujeto" autónomo, se trata del mismo proceso de control, pero que esta vez se torna reflexivo. El control es interiorizado por el sujeto en el seno de dispositivos de enunciación completamente identificables: el examen psicológico, la entrevista del sociólogo, intentan producir un sujeto que se objetiviza a lo largo de su palabra y por ello subjetiviza su mundo, su vida sus relaciones con los otros. Estos dispositivos se apoyan ciertamente sobre viejos instrumentos de "producción de la verdad", tales como la confesión judicial inventada en la Edad Media o la confesión religiosa. Pero, en este caso, el marco simbólico ha cambiado completamente: son las ciencias y la racionalidad las que dan, en adelante, su sentido y su dirección a los dispositivos.

Se reconoce entonces la figura del sujeto, que es a la vez condición de posibilidad y efecto del dispositivo de la vigilancia. Vigilancia

conocida de la filosofía: es el sujeto del dominio, pensado bajo la forma clásica, desde Descartes y Kant, de la dupla sujeto-objeto. A este respecto, el diagnóstico de Foucault sobre el sujeto contemporáneo se vincula a aquel de Horkheimer y Adorno como a aquel de Heidegger.

LAS MUTACIONES DEL MODELO DE REGULACIÓN

El modelo de regulación descrito en *Vigilar y Castigar*, tendencia tan poderosa en la modernidad, ¿forma parte todavía de nuestro destino cotidiano? ¿Y si no, ¿cuál es el nuevo modelo que configura hoy día nuestra experiencia de sujetos?

Pienso que debemos formular para las sociedades contemporáneas la hipótesis de una salida global del modelo positivista. Serían necesarias, por supuesto, largas y pacientes encuestas, descripciones etnográficas precisas sobre terrenos concretos, para dar toda su fuerza y su riqueza a esta hipótesis. Me contentaré aquí con trazar las grandes líneas de esta experiencia nueva de la preocupación de sí mismo. El mal llamado "retorno" contemporáneo del individualismo no es, en realidad, más que una mutación de las formas de la subjetivación correlativas a las mutaciones del modelo de regulación. El sujeto del dominio que, tal como vimos, Foucault pone en el centro del mundo moderno, ha dejado de ser el modelo de la racionalización contemporánea. En adelante, este sujeto será buscado por otros caminos. Foucault es, en el fondo, esta ave de Minerva de la cual habla Hegel en la introducción a su filosofía del derecho: ave que emprende su vuelo sólo al caer la noche,

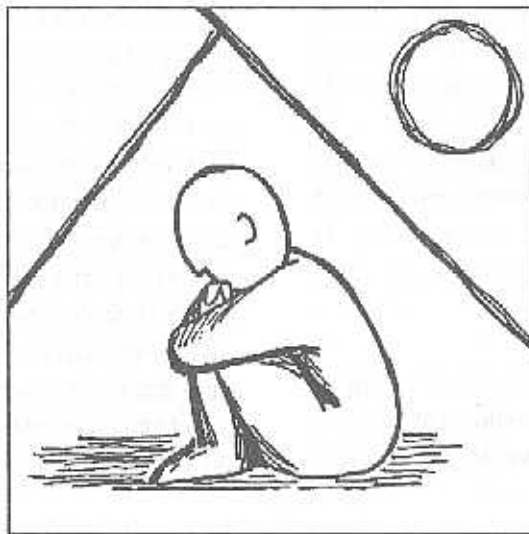
⁸ N.T: Foucault extrae esta noción de las formulaciones de J. Bentham, quien la emplea para describir la configuración arquitectónica de la prisión moderna. La característica de esta configuración sería la de estar no sólo pensada para posibilitar el máximo control y vigilancia externos, sino también, y sobre todo, inducir a la autovigilancia subjetiva (subjetividad en términos de conciencia y/o corporalidad). El autor toma esta idea y la hace operar como tecnología política de control de los cuerpos en las sociedades disciplinarias (Ganter, 1999).

cuando ya la época estaba revuelta. En cuanto a los que hablamos después de él, nos es necesario habitar y discernir las formas aún inciertas y fluidas de una nueva era.

¿Cómo calificar la mutación global del modelo de normatividad a la cual asistimos desde hace 20 años?

EL MODELO DE NORMATIVIDAD

Existe, primero, el fenómeno de la deformalización y del desmontaje del modelo normativo. La norma se hace cada vez más indeterminada: las prescripciones formales y estandarizantes de la sociedad disciplinaria dan paso a principios de legislaciones-marco que deben ser interpretadas en situación. Ello corre tanto para modelos de organización del trabajo como para modalidades de evaluación del éxito escolar: el objetivo impuesto es vago y los medios de acceder a él no son revelados por los actores que participan en la situación. Lo mismo sucede en el campo del derecho, donde el recurso a los principios (por ejemplo, en derecho familiar, el respeto del principio del interés del niño) es cada vez más practicado: la ausencia de todo criterio claro de aplicación vuelve a menudo imprevisible la salida del proceso de interpretación de la regla. Nada que ver, entonces, con el código binario e imperativo de la sociedad disciplinaria. Para una situación dada se hace referencia entonces a una pluralidad de normas. En el lenguaje de Boltanski y Thévenot (1991): cada



situación social pertenece a varias "Ciudades" normativas, teniendo cada una sus propias fuentes de justificación. Una escuela, por ejemplo, está sujeta a numerosos códigos normativos cuyas implicaciones son a menudo difícilmente compatibles entre sí: las exigencias cívicas, las exigencias del mercado, las exigencias del desarrollo personal, el respeto de las identidades colectivas, etc., forman un mosaico cuya configuración es activa, movable e imprevisible (cfr. Derouet, 1992). Así, la indeterminación, la complejidad, la abundancia de las reglas son tales que el ideal de completud y de expresión unívoca de la regla que orientaba el modelo disciplinario debe ser abandonado. No hay en este abandono renuncia a un objetivo de racionalización, sino más bien rechazo de un modelo formalista que aparece cada vez más irracional en cuanto a la gestión de los problemas prácticos. El trayecto realizado por los modos de organización del trabajo desde hace 30 años bien podría, desde muchas perspectivas, aparecer como un ejemplo del proceso de deformalización que experimentan nuestras sociedades: se constata ahí una

progresiva consideración reflexiva de los fenómenos informales. A este respecto, un paralelo sorprendente puede ser subrayado entre la evolución de los modelos conceptuales de las prácticas efectivas (Friedberg, 1993:99-101). Como lo explican suficientemente los teóricos de las organizaciones, hay que tener en cuenta, en el esquema de coordinación de una entidad productiva, la indeterminación de la regla. Esto supone que en adelante

se asume la autonomía interpretativa de los actores, de manera que la racionalización de los procesos exige dar lugar a las relaciones informales.

Concluyendo su encuesta sobre las nuevas formas de organización del trabajo, de Terssac extrae como enseñanza central que "se puede formular la hipótesis de que los esfuerzos de racionalización visualizan el despliegue de nuevas reglas de producción, debiendo asegurar una cierta congruencia entre la definición de los problemas y la delimitación de los grados de libertad para los actores capaces de gestionar sus dificultades, delimitación que supone la aceptación de la autonomía como condición de la expresión de los conflictos" (de Terssac, 1992:189).

EL SABER POST-POSITIVO

Las ciencias del hombre, tal como ellas son practicadas hoy día, ¿corresponden a un proyecto de dominio? Esta era la matriz de un cierto estilo de ciencia del hombre que se puede, globalmente, calificar de "positivista". La práctica del examen objetivante era, ya lo recordé, característica de ese modo de racionalización social.

A este respecto, las prácticas contemporáneas experimentan una notable inflexión. En el sector penal, en el campo escolar y asilar, tanto como en los lugares de trabajo, los dispositivos de "producción de la verdad" de los sujetos se han modificado. Para graficar en un rasgo el desplazamiento, podríamos decir que pasamos de la técnica del examen a la de la entrevista. La entrevista dialógica deviene la matriz de los procedimientos nuevos de formación de los sujetos. Aquí, el objetivo del dispositivo es aún permitir a un sujeto "decir su verdad". Pero - y el desplazamiento es crucial en una perspectiva Foucaultiana - la técnica ha cambiado. No se aplica más una pauta a priori que constituya las reglas de una disciplina

positiva a la palabra objetivada de un sujeto. La entrevista sale del reino de la representación desplegada por la razón clásica. Visualiza, al contrario, hacer emerger la autenticidad de un sujeto, en su dimensión contingente e idiosincrática. Se trata de hacer todavía posible una subjetivación de las situaciones. Pero ella se realiza fuera de la referencia a una metodología positivista. Cada uno es invitado a una interpretación infinita de sí mismo, de su razón, de sus motivaciones y sus proyectos.

Los fundamentos epistemológicos de estos nuevos procedimientos son proporcionados por una ciencia social y psicológica post-positivista que ha abandonado el ideal nomológico y determinista inspirado en las ciencias de la naturaleza. El psicoanálisis, el análisis sistémico, los métodos de historia de vida (Beckers & Digneffe, 1994), la etnometodología y tantas otras aproximaciones hermenéuticas⁵ proporcionan modelos de construcción adecuados y múltiples a esta renovación de las ciencias humanas. Abandonando el dilema del determinismo y de la libertad propia a la filosofía de la conciencia, el post-positivismo intenta construir una teoría hermenéutica de la reflexividad: para él, los sujetos son a la vez productos de un contexto y los intérpretes activos de su entorno. Dejan de ser objetos de representación para pasar a constituirse en polos de una relación de comunicación. La invitación a decir "su" verdad, a construir una irreductible autenticidad, acompaña, en adelante, todo el proceso de socialización, en el centro de las prácticas de las ciencias humanas.

Hay que subrayar que estos procedimientos nuevos de producción de los sujetos son el reverso cognitivo de la deformalización de la norma. Estos dos movimientos inducen el nuevo modo de subjetivación. El sujeto de la disciplina es un sujeto

⁵ La historia de las Ciencias Sociales ha estado marcada, desde los años 1970 y 1980, por un notable "giro interpretativo" (N.T: "interpretive turn", en el texto original). Cfr. por ejemplo, Bohman, Hiley y Shusterman, 1991; Bohman, 1991.

que interioriza las reglas y los principios situados fuera de él y supuestamente consistentes; el sujeto de la autenticidad se encuentra en un contexto en que las reglas son vagas y contradictorias, en que las indeterminaciones son muy grandes y en que las opciones son numerosas. Desde entonces, toda la carga estabilizadora del mundo recae sobre las espaldas del individuo. Es por ello que este tipo de funcionamiento social va a la par de la apelación repetida a la responsabilización del sujeto. En cierta medida, esta responsabilización desemboca tendencialmente sobre una "psicologización" de los mecanismos de control, ya que el operador central es, en este esquema, el sujeto mismo. Por este motivo, es una sociedad donde los procedimientos de hacerse cargo de sí mismo, de guía, de consejo y de terapia se multiplican progresivamente. Podemos evidenciar la medida de esta transformación en campos en los que Foucault estudió mucho: el judicial o el escolar, por ejemplo. En el campo penal se ven aparecer procedimientos que visualizan dar un lugar a la "palabra del sujeto". La mediación entre el delincuente y su víctima intenta permitir una subjetivación de la pena y de la sanción (Bonafé-Schmitt, 1992: capítulo 4). El tratamiento de los toxicómanos tiende cada vez más a procesualizarse, abriendo a nivel del parque¹⁰, durante o después del proceso, espacios de negociación que permiten al sujeto producir su "verdad", situarse, darle un sentido conciliando su palabra singular y la orden judicial. Lo mismo sucede en otras jurisdicciones, como la familiar o la "irresistible ascensión de la mediación" (Bastard & Cardi-Vonèche, 1988): se despliega un dispositivo donde la expresión de lo vivido por los actores prima sobre la enunciación de la regla; o como la jurisdicción de los menores de edad, donde el consentimiento del sujeto a su tratamiento es exigible en un coloquio singular con

el juez que ha dejado de regirse por un código de reglas para hacerlo sobre la base de principios abiertos (Garapon, 1988). Asimismo, en el campo escolar el tiempo de la disciplina y de la normalización está revolucionado. Los métodos de mediación de los conflictos se superponen a los métodos autoritarios. Los procedimientos de orientación y de evaluación de los alumnos exigen tanto su participación como la de sus padres. El experto psicólogo, el asistente social, esas criaturas del poder normalizante introducidas en el circuito de la escuela del siglo XX, tienden mayormente a situarse en el medio de una situación entre dos que a asumir la posición del experto objetivo y técnico premunido de tests y de tipologías. Bajo nuestros ojos, de manera cada vez más afirmativa, se despliegan nuevos montajes cognitivos, marcas de una salida del positivismo y manifestaciones de un dato político radicalmente nuevo.

EL MODELO DE CONTROL

No nos sorprendamos de que las modalidades de control social estén en sí mismas en proceso de mutación profunda. Correlativamente a las mutaciones del modo de enunciación de la norma y del saber, pasamos de un control centralizado a un control lateral. La matriz disciplinaria descrita por Foucault no estaba exenta de paradoja. Engendrada desde abajo, a ras de las prácticas más cotidianas, asumía una forma micro centralizadora: las máquinas "panópticas" funcionaban como acumuladores de saber, lugares de centralización a partir de los cuales se ejerce el dominio. El centro de un círculo, la punta de una pirámide, eran las metáforas geométricas más adecuadas (Foucault, 1975:

¹⁰ N.T: Espace d'une salle de justice qui est enfermée entre les sièges des juges et la barre où sont les avocats. Ensemble des magistrats qui exercent le ministère public auprès d'une juridiction (Larousse). En español: Espacio de una sala de justicia ubicada entre los jueces y la barra en que se encuentran los abogados. Conjunto de magistrados que ejercen el ministerio público en una jurisdicción determinada.

205). Las sociedades contemporáneas rompieron definitivamente con esta geometría ambigua, que era una inestable formación de compromiso entre la estructura jerárquica del Antiguo régimen y el control horizontal de la modernidad.

La fuerte horizontalización del control acentúa aún más la intención propia del poder moderno revelada por Foucault, a saber, volverse invisible. La sociedad disciplinaria, que mantenía figuras de centralidad, se dio imperfectamente cuenta de esta ambición: la operación de la violencia se sustruía de la mirada, pero los lugares, los roles y las jerarquías indicaban todavía, si no la operación, al menos el lugar del control. El poder contemporáneo ha dejado de ser localizable; con una tendencia a devenir móvil, obicuitario, múltiple e imprevisible. Me contentaré aquí con subrayar dos formas de este control horizontal y deslocalizado: el control por el mercado y el control por los pares.

El mercado, qué duda cabe, constituye un dispositivo de control. Ciertamente, no prohíbe ni obliga a ninguna acción precisa por sí mismo, sino que, confiriendo y retirando por el solo juego del intercambio los recursos de acción y tejiendo una tela de deudas y de créditos, distribuye capacidades e impotencias. La cuestión es notable: este dispositivo pasa por alto derechamente los instrumentos clásicos de poder -el símbolo y la coerción- para ejercer su apremiante eficacia. En una sociedad disciplinaria el mercado ciertamente ya operaba; pero su envergadura estaba estrictamente limitada por ciertas relaciones asociativas¹¹ cuya infraestructura respondía a las exigencias del modelo disciplinario. Liberado de estas trabas, este poder induce virtualmente una constante

dinámica de centralización y de deslocalización¹²; en ningún lugar del mercado se deposita el saber total del sistema. Es, incluso, esta toma de conciencia aguda de la exigencia mercantil lo que suscitó la revisión masiva de las políticas regulatorias asumidas por los Estados hasta los años setenta y la desconcentración de las empresas. El mercado contemporáneo desprendido tendencialmente de la asociación jerárquica es, pues, virtualmente el antipanoptismo por excelencia. Ejerce sólo un control local y lateral sobre cada uno de los agentes cuyas acciones coordina. Su punto de aplicación no es el contenido de la acción ni la concordancia de las acciones según un plan global, sino el solo equilibrio de las prestaciones asumidas una a una.

Lo mismo se aplica a los nuevos modos de organización que surgen en el mundo del trabajo, en las escuelas, en el campo penal y en la familia. Aquí la coerción y el símbolo ejercen todavía su eficacia, pero de una manera nueva. El control es ejercido por los pares, miembros de un grupo que se cooptan¹³ entre sí (De Munck, 1993:25-33). En este sentido, el poder deja de estar por encima de nosotros (Modelo de la soberanía) y detrás de nosotros (Modelo panóptico), para situarse al lado. Del control informal ejercido por los camaradas en la recreación (Dubet 1991) a los "peer-reviews"¹⁴ instituidos en el campo médico (Rodwin 1993:211) hasta los nuevos modos de organización del trabajo en las empresas (Hage & Powers, 1992), el apremio legítimo deja de estar en manos de una autoridad y delegado a un centro organizador, para ser distribuido de manera difusa entre los miembros de un mismo grupo que se reconocen como "similares". Una intensa actividad de ajuste negociado acompaña

¹¹ Retomo aquí la conceptualización de Polanyi (cfr. Mingione, 1992: capítulo 1).

¹² Hay aquí el fermento de una "utopía" que vas más allá de lo político, característica del pensamiento liberal desde Adam Smith (cfr. Rosanvallon, 1979).

¹³ N.T. Cooptarse, significa en este contexto, buscarse mutuamente en la perspectiva de establecer alianzas estratégicas.

¹⁴ Este término refiere a las evaluaciones hechas por los pares.

este modo de coordinación y de control; no es sólo la arquitectura del poder la que se encuentra afectada por las mutaciones contemporáneas, estas mutaciones repercuten también, necesariamente, sobre los procesos operacionales de control. En adelante, la forma general que ellas toman está muy lejos de la "sanción normalizadora" que caracterizaba la operación disciplinaria. Este tipo de sanción plantea una regla formal y se aplica a la diferencia entre norma y comportamiento. Es por ello que el indefinido campo de lo no conforme es penalizable: el soldado comete una "falta" cada vez que no alcanza los niveles requeridos, "la falta" del alumno es también un delito menor, una ineptitud para realizar sus tareas. El reglamento de la armada prusiana imponía tratar con "todo el rigor posible" al soldado que no aprendiera a manejar correctamente su fusil. Etc..." (Foucault, 1974:210). El castigo, en este caso, no es solamente represivo; debe ser útil, correctivo, siendo un "elemento en un sistema doble: gratificación-sanción" (Foucault, 1974:211).

Contrariamente, podríamos anticipar, a falta de un estándar formal de performance, que el control contemporáneo se refiere globalmente a competencias informales. Deja de visualizar la normalización, pues tolera, e incluso estimula, una revisión permanente de las vías de acción. La repetición deja de ser su horizonte; la innovación y la invención son, al contrario, requeridas y alentadas. El control no castiga para incluir, excluye para gestionar procesos inciertos¹⁵. No integra en un grupo homogéneo y ordenado, sino que selecciona las capacidades y las aptitudes globales para gobernar multitudes heterogéneas. Se podrían interpretar así las nuevas medidas de destierro en las filiales y en los establecimientos escolares. Todo indica que la escuela habría renunciado a integrar y a castigar. Ella trata, al contrario, de estrechar la

movilidad de los alumnos entre filiales y entre establecimientos para gestionar mejor, tanto los problemas de la disciplina como los niveles de aptitud: se trata de volver más flexibles y eficaces los procesos de inclusión/exclusión, para mantener un orden siempre precario.

Un control fundado sobre la exclusión hace del tema de las pertenencias la cuestión social esencial. Ser "in" o ser "out": esta expresión popular resume de manera abrupta lo que cada individuo arriesga desde que entra en el espacio del control. Lo que nosotros arriesgamos ahí no es el castigo, sino el hecho de que podemos ser expulsados y retirados, encontrándonos solos y sin recursos de acción colectiva (posibilidades de acción y de compromiso, calor afectivo, solidaridad frente a los riesgos, etc...). De ahí el desplazamiento de la problemática de la transgresión a aquella de la socialización, de la cual dan testimonio numerosas patologías contemporáneas (el desinterés en la escuela, la toxicomanía, la soledad, etc...). En una sociedad tradicional, y aun en la sociedad industrial, la socialización es un problema restringido, que concierne al tiempo de la juventud (infancia y adolescencia). A la edad adulta, se entraba definitivamente en el mundo social y la socialización se detenía. Lo que caracteriza a la sociedad contemporánea es que dicho proceso constituye una problemática para toda la vida: para el joven, para el adulto y quizás más que para ninguno, para el viejo. En una sociedad de este tipo, corremos a cada momento el riesgo de ser desocializados.

HACIA UN SUJETO POST-MODERNO

Intentando trazar el vínculo entre la figura contemporánea de la subjetividad y un modelo

¹⁵ Me sumo aquí a una intuición de Touraine (1991).

regulador que ligue saber, normas y poder, mi objetivo fue mostrar la pertinencia de una aproximación del tiempo presente que se inspire en el trabajo de Foucault. Este tipo de aproximación me parece útil para evitar las afirmaciones banales y sin poder descriptivo real concernientes a la ascensión "del individualismo contemporáneo". Sin embargo, esta vuelta a Foucault no supone necesariamente cargar con los supuestos categoriales del autor, que han sido, en el transcurso de los diez últimos años, objeto de una crítica inteligente y fundada. En otros términos, para que Foucault tenga todavía algo que enseñarnos en el plano sociológico, debemos relativizar algunos presupuestos filosóficos que precipitan su crítica en graves impasses y empobrecen su lectura de la modernidad. Me gustaría detenerme un poco sobre esta crítica meta teórica de los presupuestos que sostienen el gesto foucaultiano: dicha crítica tiene incidencia sobre la cuestión que acapara nuestra atención, a saber, intentar situar correctamente la problemática de la subjetividad contemporánea.

RAZÓN Y POSITIVISMO

Muchas cosas han sido dichas, y con razón, sobre el "reduccionismo" del pensamiento de Foucault. En lo esencial, juntando los argumentos respecto a este punto, me parece que es en la confusión del discurso (a la vez cognitivo y normativo) y del poder, donde hemos localizado el error esencial de Foucault. Esta confusión le da una versión empobrecida de su objeto de estudio -las prácticas modernas de subjetivación- y, sobre todo, lo priva de todo punto de apoyo crítico. Habermas o Taylor han desarrollado argumentos convincentes a este respecto. Me parece que Habermas sintetiza perfectamente el espíritu de esta crítica, señalando que hay en Foucault un reduccionismo

porque pide "primeramente que la comprensión del sentido -practicada por el intérprete que participa en discusiones- sea llevada, a través de la mirada de etnólogo del observador, a la explicación del discurso; en segundo lugar, que las exigencias de validez sean consideradas desde un punto de vista funcionalista como efectos de poder; y en tercer lugar, que el deber sea reducido, en una perspectiva naturalista, al Ser. Si hablo de reducciones, es porque los aspectos interiores de la significación del valor de verdad y de evaluación no son completamente identificables de hecho, con los aspectos -aprehendidos desde el exterior- de las prácticas de poder. De este modo, algunos elementos son ocultados y reprimidos" ... (1988:328).

Habiendo enunciado esta crítica recurrente respecto de Foucault, quisiera detenerme sobre otro aspecto del "reduccionismo" foucaultiano. Junto con la confusión discurso-poder, y a menudo en combinación con ésta, se da también en él la confusión de la razón moderna con la razón formal, de manera que criticando la segunda, se cree obligado de dejar de lado la primera. Sobre este punto, el recorrido del genealogista francés cruza una célebre corriente alemana: la de la Escuela de Frankfurt. El impacto sobre la idea de sujeto es, lo veremos a continuación, esencial.

Horkheimer y Adorno lo escribieron en su tiempo¹⁶ y Foucault suscribe sin reservas esta tesis a lo largo de su obra, de la historia de la locura a la historia de la sexualidad: la razón moderna de la cual Kant sería el representante paradigmático es, en el fondo, formalista. Ella tiene como propósito la unidad conceptual, y esta unidad es el sistema. Por un movimiento inmanente a su proyecto, tiende a la totalización y a la dominación. La totalización tiende a someter lo real, siempre plural, singular y móvil, a la unidad formal del concepto. De este proyecto racionalista totalizador se origina la dominación

¹⁶ Cfr. La digresión sobre "Juliette, ou raison et morale" en "la dialectique de la raison" (1974).

moderna, que va desde el manejo técnico de la naturaleza, el gran "encierro" de la locura, las burocracias totalitarias, hasta los confines del horror, es decir, hasta la destrucción física de toda alteridad en resguardo del principio de identidad. Este proyecto de totalización es aquel de la metafísica de la subjetividad y, en consecuencia, el del proyecto individualista moderno; es por ello que Foucault declara sin pestañear que hay que pensar al mismo tiempo "la individualización y la totalización simultánea de las estructuras del poder moderno" (1984:308). Foucault está convencido de ello: la razón totalizadora es el todo de la razón. Al contrario de Horkheimer, Foucault no acaricia la ilusión de una "Otra razón", cuyo advenimiento podría asegurar nuestra redención más allá de la maldición de la razón identitaria; pero, ¿cómo emanciparse, si se infiltra en todas partes, hasta en nuestras mínimas prácticas y está presente en cada uno de los lóbulos de nuestro cerebro? Para vencer su violencia, Foucault fomenta una estrategia que liga al menos tres componentes cuya mezcla sorprendente forma un ácido poderoso y eficaz. Primer elemento: un vuelco nietzscheano de los valores. Contra la tiranía del principio de identidad, se afirmará la pluralidad de lo real; a la historia abstracta de las ideas, se substituirá una psicología concreta del cuerpo; detrás de los destellos sublimes de los ideales, se mostrará la potencia de las máquinas de poder. Y cuando se trate de fundar "de verdad" la legitimidad de la crítica, soltaremos una carcajada filosófica liberadora (Foucault, 1966: 353-354) y bailaremos alegremente en memoria de Zaratustra. Es que todo "criterio" de verdad se mantiene en la medida que está identificado "a un fundamento", prisionero de aquello de lo que se trata precisamente de librar: la suposición que existiría un orden verdaderamente universal, expresado en una teoría que proporcionaría, en

la identidad de un principio, en un reino puro del pensamiento, en un ideal intemporal y desprendido de todo poder, su punto de Arquímedes a la razón.

De ahí, el segundo elemento de la crítica, de inspiración adorniano. En un mundo totalizado por el formalismo, Adorno se prohibía toda prescripción positiva: el solo gesto crítico aún posible es la "negación determinada", la pura resistencia de un "no" que no puede transformarse en un "sí" sin traicionarse. La resistencia de Michel Foucault imita a su manera el minimalismo y el situacionismo de Adorno. Pero, al contrario del Maestro de Frankfurt, Foucault no se contenta con una actitud elitista y profética, que lo aislaría de la comunidad de sabios en un vano y austero retiro. Él asume afrontar a los historiadores, a los sociólogos, a los médicos y a los juristas sobre su propio terreno, recogiendo así lo esencial de la modernidad: una pasión soberbia de lo real, una preocupación botanista del empirismo, la voluntad de acumular pruebas irrefutables. Nombres, fechas, lugares, documentos y cartas llenan los archivos de este procurador implacable. Es lo que maliciosamente Foucault llamaba su "positivismo", que forma el tercer componente de su método. La técnica de lo que los autores postmodernos contemporáneos llaman el "basurco"¹¹ salió de ahí: como un positivista se toma en serio -demasiado en serio- los elementos del pensamiento formalista; con una simpatía nietzscheana, los da vuelta sobre sus cabezas desmontando la genealogía inconfesable, se exhibe la voluntad de poder que se esconde detrás de una escolástica irrisoria; pero el gesto desconstruccionista se agota en sí mismo y no deja otras huellas que los desechos calcinados de una operación que sólo puede repetirse sin construir nada. Apenas concluido, será necesario recomenzar como si se partiera de cero, sin pasado y sin porvenir, en un puro goce del presente. Sabemos que hoy día

¹¹ N.T: En inglés en el texto original "Trashing".

una parte de los "Critical Legal Studies" aplican este método de "trashing" al derecho y a sus instituciones (Kelman, 1984; o a modo de ejemplo, Schlag, 1991).

La práctica del "basureo" no limita su campo de aplicación a los poderes y a las reglas jurídicas; está más bien llamada a hacer explotar en pedazos el Yo mismo, la subjetividad moderna, se trata de un puro producto del formalismo totalizador, inscribiéndose en el proyecto del dominio. Ella establece a priori una norma a la que debe atenerse por medio de exámenes y objetivaciones sin fin. Respecto a ello, no se gana nada con substituir un ideal de autenticidad al control autoritario. El formalismo es más sutil y profundo que eso: la autenticidad supone aun el ideal de una adecuación de sí mismo a sí mismo, el descubrimiento de un "criterio de verdad" que sería la norma de nuestro "verdadero Yo", y a la cual deberíamos atenernos (Foucault, 1984 b:331). Se hace entonces necesario descentrar decididamente al sujeto y verlo como un proceso de creación contingente de códigos múltiples que no pueden ser llevados a la unidad. El sujeto postmoderno deja de serlo, pues no dispone de ningún punto donde pueda darse unidad y sostenerse respecto de sí mismo. Superficialmente, en juegos de lenguaje múltiples donde se anuden y se desanuden el cuerpo y el pensamiento, sin esperanza de retorno, exiliado de toda presencia y de toda intimidad. Siendo así, pura singularidad se afirma sólo negando los conceptos que intentan someterlo. El sujeto es, por excelencia, la diferencia evanescente. El sujeto proclamado por las Luces está muy atrás de nosotros: su mentira universalista ha sido desenmascarada. Permanecen los cuerpos, las sexualidades, los códigos culturales, los estilos de vida, pero nada que pudiera parecerse a una identidad, a un universal, a un ser genético. Nada que pudiera parecerse al Sujeto de derecho o al Sujeto de la ciencia.

¿PERTINENCIA DEL POST-MODERNISMO?

Creo que esta figura post-moderna que se perfila en el horizonte del pensamiento de Foucault es, en el fondo, vaga por razones conceptuales y políticas. Sobre el plano conceptual, lo que hay que cuestionar es la idea de que el "trashing" es una respuesta adecuada al formalismo -cuestión filosófica fundamental-. En el plano político, sospecho que los desconstruccionistas, inspirados en Foucault, libran, respecto a las mutaciones del modelo regulador que describí más arriba, un combate anacrónico. Incluso, a pesar de su anacronismo, producen efectos extremadamente perversos. Digámoslo en una fórmula provocativa, de inspiración foucaultiana: el post-modernismo y su apología del sujeto fragmentado les hacen el juego a los nuevos mecanismos de control social; son su producto inconsciente. Retomemos estas dos críticas, una después de la otra.

1. Al tomarse demasiado en serio la autorrepresentación positivista de la razón moderna, Foucault se precipita cabizbajo en su duplicado irracionalista, que no es más que la figura invertida de esto. A la tautología vacía de la identidad formal, corresponde en Foucault la afirmación sin contenido de una pura diferencia. A la seriedad sin falla de una razón entrampada, de una tautología autorreferencial, responde una ironía que no puede evitar el círculo autorreferencial, y debe someterse a su propio "trashing". A la negación del tiempo por una razón ahistórica, responde la negación de la duración por una apología del presente. De esta oposición reificada, cada término pasa en su contrario. Hegel lo dijo: la oposición del formalismo moderno y del antiformalismo post-moderno es en sí misma abstracta y formalista. La crítica post

moderna endosa acríticamente el elemento mismo del formalismo que ella denuncia, y presenta entonces, a la inversa, las mismas características de aquello a lo que se opone: binarismo devastador, autopoición vacía, repetición autorreferencial y negación del tiempo.

Lo que está en juego es una posición adecuada de la crítica de la razón formalista que le permite escapar de ese diabólico juego de espejos. No podemos ciertamente referirnos, para ir más allá de la abstracta oposición formal de la razón identitaria y del postmodernismo, a la razón substancial, escenificada en la restauración hegeliana de la metafísica. Contrariamente a ello, una reflexión renovada sobre la razón ha encontrado una base prometedora en la aproximación pragmática del lenguaje. Ella muestra que la denominada "rigidez" del concepto, creencia común del positivismo y del post-modernismo, se funda sobre la incompreensión de las condiciones efectivas de producción del sentido y de la verdad. Así, Wittgenstein mostró que el sentido mismo de una regla no podía ser desprendido de sus múltiples empleos. Como lo dijo A. Wellmer, cuya crítica a Adorno está cercana a aquella que formulamos aquí acerca de Foucault: "...Wittgenstein subrayó que, en términos generales, la gramática de nuestro lenguaje nos muestra que las palabras pueden ser utilizadas de muchas y múltiples maneras, sin que seamos siempre capaces de apoyarnos sobre una significación de las palabras "fundamental", "auténtica" y "primera". Wittgenstein utiliza la imagen de los "parecidos de familia", y también aquella de una cuerda que consiste en una multiplicidad de fibras individuales, en vistas a indicar cómo las diversas maneras de utilizar una palabra están interrelacionadas. Esta multiplicidad de maneras de utilizar una palabra refleja la "apertura" de las significaciones lingüísticas..." (1991:71). Y la demostración wittgensteiniana de la paradoja de la regla (Kripke, 1982) tiene como

propósito mostrar que una regla de uso de las palabras que funcionara de manera formalista volvería insignificantes las palabras. Lo mismo opera para las condiciones de verdad: de Toulmin a Habermas, los programas de búsqueda sobre la argumentación revitalizan la retórica tendiente a reconstruir los procedimientos de argumentación válida en una interacción lingüística. Por su parte, encarnando una suerte de auto evolución del mecanicismo, los programas conexionistas contemporáneos tienden a mostrar que el razonamiento más experto no es la simple aplicación de reglas formales, sino un proceso mucho más informal que genera sus propios procedimientos (Dreyfus, 1992; Abrahamsen y Betchel, 1993: 163-167). Pero este paso a una razón "informal" supone que el giro pragmático sea efectuado, y que en lugar de querer deducir los procesos racionales de reglas dadas anticipadamente, se consideran éstas como los efectos de una teorización a posteriori de procesos prácticos de argumentación. En síntesis, para retomar la célebre distinción de Ryle, el "saber que", es decir, el conocimiento de las reglas (el saber proposicional), no es la condición del saber hacer; este es, al contrario, primero y fundador, más rico, más complejo, más eficaz que la aplicación de reglas (Abrahamsen y Bechtel, 1993: 163-167). Este giro "práctico" modifica la relación con la identidad del concepto de manera mucho más fundamental que la autopoición polémica de las singularidades.

2. La segunda pregunta que debemos dirigir al postmodernismo de Michel Foucault es la de cuestionarnos acerca de su valor crítico para el tiempo presente. Esta pregunta es altamente pertinente, en la medida que la lucidez de Foucault sobre las condiciones de un pensamiento post-metafísico lo lleva a concebir su propia posición filosófica y su práctica de historiador del pasado que escribe en el presente; lo que tiene de filosofía es que se trata de "una ontología del presente" (1984 c). En esa

preocupación foucaultiana de la actualidad hay más que un deseo personal y contingente de compromiso socio-político. El fin de la metafísica torna vana la búsqueda de verdades eternas: hay que asumir reflexivamente la historicidad de la enunciación y medir su eficacia en contexto; sobre ese punto, Foucault se inscribe en la línea de Kant, de los jóvenes hegelianos, de la escuela de Francfort y del pragmatismo¹⁸. Debemos preguntarnos entonces si la apología del sujeto descentrado es una estrategia discursiva pertinente en la situación contemporánea. Me gustaría, respecto a ello, formular una doble sospecha.

La primera parte de la constatación que el capitalismo contemporáneo se acomoda fuertemente a una cultura post-moderna. Ella le parece, de cierta manera, hecha a su medida. ¿El desarrollo del mercado consumista no es, por excelencia, el lugar y la ocasión de todas las mezclas de códigos? ¿No estimula, acaso, la disociación de la ley universal y el goce de los cuerpos? ¿No hace una permanente apología de la flexibilidad de las normas, de su permanente revisión, de la plasticidad de las tradiciones y de las costumbres? La invasión de la cultura y de la publicidad comercial, la omnipresencia de la industria multinacional del l'Entertainment¹⁹ y la mezcla planetaria de códigos por los medios de comunicación social instalan, de hecho, nuestras existencias en un mundo post-moderno. No hay que equivocarse ahí: el postmodernismo no es solamente una proposición normativa que visualiza la liberalización del sujeto de la clausura identitaria. El sujeto descentrado ha dejado de ser una utopía emancipatoria. Al contrario, se ha transformado en una realidad cultural que acompaña la reestructuración del capitalismo

contemporáneo²⁰. Daniel Bell lo había notado: todo sucede como si el sujeto del dominio, ascético y autoritario que acompañó el desarrollo de la primera modernidad, había dejado de ser aquel que convenía al capitalismo. Al contrario, la adaptación y la plasticidad cultural son requeridas en tiempos de movilidad generalizada. En eso, de manera evidente, el control económico coloniza el nuevo modelo de regulación sucesor de las prácticas de la vigilancia, este espacio social deformalizado y post-positivista que vemos desplegarse bajo nuestros ojos.

A pesar de sus buenas intenciones, podemos dudar del hecho que el post-modernismo foucaultiano esté verdaderamente premunido para reencontrar los verdaderos desafíos de la deformalización contemporánea. Ello porque el problema ha dejado de ser aquel de apelar a un descentramiento contra el centramiento forzado de la razón identitaria. El verdadero problema es, en adelante, seleccionar, entre diversas figuras del descentramiento, aquella que permanece compatible con un proyecto emancipatorio. Esto supone, luego, que establecemos una serie de referencias normativas para visualizar modos de (des) construcción subjetiva que permiten formaciones identitarias que escapan al control lateral del mercado, al control de los pares y de los grupos. Tal empresa no puede apoyarse ni sobre la ontología del poder ni sobre el irracionalismo que sostienen la obra de Michel Foucault. Al contrario, no es necesario distinguir sistemáticamente entre norma y poder para discernir las formaciones discursivas que hacen hoy en día el juego de los nuevos dispositivos de control, de aquellos que resisten victoriosamente. Necesitamos intentar desprender los nuevos procedimientos de una razón post-identitaria que renunció al clivaje aporético que

¹⁸ Es este descubrimiento de Kant que Foucault destacará en una conferencia en el Collège de France, célebre a partir de ahí, comentando la respuesta kantiana a la pregunta "¿Qué son las Luces?". Cfr. El excelente comentario de Habermas a propósito de este componente central del proyecto foucauldiano (Habermas, 1989).

¹⁹ N.T: En inglés en el texto original. "Entretención, entretenimiento, diversión".

²⁰ Cfr. Harvey, 1990.

marcó toda la filosofía del siglo veinte, de Heidegger y Adorno a Foucault y Derrida: el aporético dilema del concepto y de su otro.

La segunda sospecha está directamente ligada a la práctica política. Dudo que el situacionismo post-moderno sea verdaderamente una estrategia alternativa eficaz contra los nuevos poderes, pues me parece demasiado ciego a los procesos de acumulación que se producen en nuestro mundo y que forman una de las condiciones de éxito esenciales de la acción política.

La reorganización de la sociedad post-industrial pasa por una descentralización de los mecanismos de control, abriendo, no obstante, nuevas vías de acumulación de los poderes (y particularmente del poder monetario). El mercado no es sólo el lugar del intercambio descentralizado, sino también el proceso de acumulación de un capital que constituye una fuente de acción esencial. Si la perspectiva de una unificación centralizada y burocrática del mundo se borra ciertamente del horizonte, los "poderes" (en plural) se siguen reestructurando en torno a lugares estratégicos. Así, la concentración del capital en el sector de los medios de comunicación o en el sector financiero, o aun, la reorganización geopolítica del planeta, permiten configurar una nueva distribución del poder, que no es ni fija, ni central, ni aleatoria, ni nómada.

Me parece que esta nueva distribución de los lugares de acumulación, que opera por exclusión y no por estandarización, actuando por mediaciones laterales y no piramidales, corre el riesgo de estar inmunizada contra una estrategia de resistencia que sería puramente "situacionista" y diferencial. Porque ésta rechaza, por principio, comprometerse en un proceso acumulativo de constitución voluntaria de contra-poderes instituidos, corriendo el riesgo de confinar su eficacia a los márgenes del poder.

También se arriesga, a pesar de las luchas movilizadoras puntuales, a dismantelar toda posibilidad de acción colectiva en el mediano plazo, contribuyendo, por una retórica de la disidencia, a la destrucción del mundo simbólico común; destrucción que, por otro lado, está en curso. En la situación presente, la defensa de un sujeto descentrado aparece como un discurso culturalista un poco pálido frente al poder desplegado por los nuevos procesos de acumulación: puede ser fácilmente instrumentalizado y transformarse en aliado objetivo de los poderes contemporáneos. Me parece, al contrario, que una práctica emancipatoria contemporánea debe velar por la acumulación de recursos y de potencialidades. A este respecto, la conquista del poder político del Estado sigue siendo un instrumento eficaz.

Pensamiento global para afrontar un poder disciplinario y formalista, la teoría crítica de Foucault es poco adecuada a una crítica de la situación contemporánea. Lo que no escapó, hay que decirlo, a la clarividencia del autor de *Vigilar y Castigar*. Incluso, si la muerte no le dejó tiempo para revisar profundamente sus premisas, es un viraje que inició Foucault en los años '80, anticipando todas sus críticas.

¿UNA ESTÉTICA DE LA EXISTENCIA?

La sorpresa de los lectores de Foucault fue profunda cuando, en 1984, descubrieron el segundo volumen de la *Historia de la Sexualidad*. En relación con *Vigilar y Castigar* y a la voluntad de saber, todo se había movido; el cambio histórico considerado va, de manera inesperada, desde la Grecia antigua, las categorías fundadoras, el método, las hipótesis. Es ciertamente difícil adivinar la plena significación de este último giro de Michel Foucault, cuyo impulso fue interrumpido por la muerte.

Podemos, sin embargo, aventurar una hipótesis interpretativa. Me gustaría sugerir aquí que Foucault fue motivado por una consciencia aguda de las deficiencias que acabo de mencionar, y que en plena lucidez consideraría como dificultades internas de su pensamiento. Su giro constituye una tentativa de darle una nueva solución. Llamémosla: la solución estética.

La percepción del *impasse* fue, primero, histórica. Foucault no podía permanecer insensible a las transformaciones sociales que se producían a su alrededor. Desde 1971, profetizó: "La sociedad futura se esboza quizás a través de experiencias como la droga, el sexo, la vida comunitaria, otra consciencia, otro tipo de individualidad" (1971:46). Con agudeza admirable, Foucault entrevió la mutación que se hace, en adelante, evidente: la deformalización de las normas, la despositivización del saber y la promoción de una cultura de la autenticidad personal. Foucault toma conciencia en los años 1970 y 1980 de que una historia de la subjetividad enteramente basada en la vigilancia deja de formar una genealogía adecuada en el tiempo presente. Es por ello que, en adelante, necesitamos "una historia no de la ley moral, sino del sujeto moral" (1984: 336).

Por otra parte, Foucault tenía también secretamente consciencia del *impasse* conceptual en el cual se había encerrado: la identificación del ideal de subjetivación con ciertas formas de control, parece arrebatar toda propensión crítica a la exigencia de ser uno mismo, a la perspectiva de "hacer de su vida una obra personal", óptica a la cual Foucault no llega a renunciar.²¹

De ahí los dos desplazamientos radicales que inicia el uso de los placeres. El primer

desplazamiento consiste en una tentativa para pensar la ética más allá del código. El código moral está hecho de reglas formales internalizadas por el sujeto. Ahora, subraya por último Foucault, toda una parte de la vida ética escapa al registro de la obligación y de la prohibición. Entonces, hay lugar ahí para una ética de la relación a sí mismo que se sitúa más allá de la relación al código, más allá de la norma general y abstracta, más allá del control autoritario. Reconociendo que "la preocupación ética concerniente a la conducta sexual no está siempre, en su intensidad o en sus formas, en relación directa con el sistema de prohibiciones", y que "a menudo sucede que la preocupación moral sea fuerte ahí donde precisamente no hay ni obligación ni prohibición", Foucault concluye que "la prohibición es una cosa, la problematización moral, es otra" (1984, 16). Es necesario, entonces, librar un campo de experiencia ética que se encuentra de alguna manera fuera del código, inmunizado en relación con el apremio de la norma. De ahí el segundo desplazamiento, que substituye a la problemática del poder sobre los otros, aquella de la relación a sí mismo. Foucault formula la hipótesis de un dominio autónomo de la experiencia subjetiva en que se teje una relación de sí mismo a sí mismo, donde se practica una "preocupación de sí" liberada del apremio de la ley y del poder. Tomando prestado (irónicamente) el significante que había elegido Hegel para su crítica del formalismo moral, Foucault bautiza con el nombre de "sustancia ética" a aquel segmento de la moral "fuera de la norma"²². Y puesto que no visualiza otra norma que la formal, incapaz de ver una norma como distinta de un mero instrumento de control, es llevado, por una parte, a despolitizar esta sustancia nuevamente conquistada y, por otra, a negarle toda referencia normativa a alguna perspectiva universal. No le queda entonces más que formas y estilos, un ejercicio artístico de

²¹ El lo reconoce en numerosas ocasiones, particularmente en varias declaraciones "normativas" como esta: "Es necesario que promovamos nuevas formas de subjetividad, rechazando el tipo de individualidad que nos han impuesto durante siglos" (Foucault, 1984 b: 308).

²² N.T. Las comillas son nuestras.

modelamiento de lo cotidiano, una invención sin regla de las maneras y de las configuraciones prácticas: la hermeneútica de sí mismo es una "estética de la existencia".

La solución de Foucault es, pues, la estética. Sin duda, la deformalización actual de la moral y del derecho encuentra ahí uno de sus posibles destinos. Es impresionante ver cómo Foucault pudo, en virtud de un rigor interno a su propio pensamiento, adivinar y anticipar un movimiento profundo de la consciencia contemporánea. Pues, ¿quién negaría que una cierta práctica del postmodernismo en París, Londres, Nueva York o en California, participa de esta estetización de la experiencia subjetiva? ¿Quién negaría que para muchos de nuestros contemporáneos, la valorización del estilo sea la única respuesta posible a la extinción de los códigos? Sobre las huellas del autor de *La Historia de la Sexualidad*, la vanguardia nietzscheana de la postmodernidad desertó la artificialidad de una estética confinada a los objetos, para llevarla a otro lugar, ahí donde puede desplegar todo su potencial liberador: la misma vida subjetiva. En adelante, ella sabe que "...la principal obra de arte de la cual hay que preocuparse, la zona mayor donde deben ser aplicados valores estéticos, es uno mismo, su propia vida, su existencia" (Foucault, 1984b:338). El movimiento mismo de la obra de Foucault refleja este corte, como en un espejo cambiante y sabio, una de las vías de escape cardinales del campo contemporáneo. Como lo subrayó Taylor, ahí no hay más que la recuperación de un antiguo ideal de la modernidad, cuya emergencia puede ser fechada en los alrededores del año 1800: el motivo estético reúne las dos exigencias de la creación de sí mismo y de una esfera de valores completamente extranjera a las convenciones de la tradición (Taylor, 1994: 63-76). En la actual coyuntura, la reactivación de estos ideales de la vanguardia estética tiene una significación bien precisa: ella nos invita a desplazar el terreno de la discusión ética hacia aquel de una "normatividad

sin normas" de tipo estético, porque sobre toda norma recae la sospecha de participar en un proyecto de totalización a priori, incompatible con la promesa de emancipación singular.

Pero la perspectiva estética de Foucault no responde a ninguna de las dificultades que marcan su teoría. Ella intenta, ciertamente, una notable y valiente salida de la ontología del poder, para comenzar "otra historia de la reflexividad" que trastorna todos los marcos cronológicos recibidos. Ella busca brindar, a través de la idea de una orientación estética, una dirección al trabajo de sí sobre sí que escaparía a toda idea de fundamento y de regla formal, huyendo también, al mismo tiempo, a la arbitrariedad pura y simple. Pero, esta crítica no es suficiente, pues las cuestiones conceptuales y coyunturales permanecen intactas. El impasse es desplazado, sin ser sobrepasado. Nada en una estética post-moderna nos permite dar a la antinomia de la identidad y de la diferencia una salida dialéctica creíble. Ninguna estrategia que sea apta para hacer frente al desafío del nuevo despliegue de los dispositivos de control contemporáneo. La última obra de Foucault es como el penacho de una deslumbrante salida de escena; celebrando con elegancia una posición aporética que, no obstante, no nos preserva de la impotencia.

PARA UNA REFUNDACIÓN DE LA TEORÍA DEL SUJETO

¿Qué debe ser hoy en día una teoría del sujeto? No quisiera concluir sin dar algunas indicaciones sobre lo que parece, después de Foucault, la tarea de una teoría crítica de la subjetividad. Desde mi punto de vista, hay tres aspectos que merecen ser vinculados: un aspecto relativo a la reconstrucción histórica (1°); otro de evaluación normativa (2°), y un tercero, de estrategia política (3°).

1º. La primera problemática es aquella de la escritura de una historia de la subjetividad moderna que asume las profundas intuiciones foucaultianas sin derivar en la sofística del genealogista. Ello significaría un desprecio por Foucault y su obra, cayendo fácilmente en una clásica y pálida historia de la idea de sujeto, en detrimento de las prácticas efectivas (por ejemplo, Renaut, 1989).

Estemos entonces atentos a aquello sobre lo cual Foucault no paró de llamar nuestra atención: las prácticas discursivas que configuran procesos de socialización precisos, los dispositivos de control, que, como una telaraña, contienen los potenciales de la acción en límites determinados. La construcción de una cultura individualista moderna no se produce sin el despliegue de estos mecanismos institucionales. A esos dispositivos, que articulan discursos y prácticas, "saber" y "saberes - hacer", ligando también esquemas cognitivos y expectativas de comportamiento cotidianos, Foucault da un status cuasi trascendental. Les atribuye lo que Husserl confiaba todavía a la consciencia constituyente: la "Sinngabung"²³, plural por la cual emerge un mundo humano. Los discursos jurídicos, médicos, psicológicos, sociales; las prácticas de higiene y de la ley, de la accésit y del placer, del control y de la autoridad, contribuyen a modelar las categorías complejas a través de las cuales la significación viene al mundo y por las cuales un sujeto emerge y se constituye en un contexto histórico. Estamos más allá de la filosofía de la conciencia y del idealismo. No se trata de volver más acá de este avance.

Quizás haya que plantearse dos preguntas. Primo, hay que demandarse si esos modelos de regulación se agotan en su positividad, o, al contrario, no hay que ver ahí la tentativa de encarnar, en lo real de una sociedad histórica, a

través de los canales del poder y de la norma, modelos de racionalidad práctica en los cuales la idea normativa de sujeto está siempre presente e interpretada. Pensando los modelos de regulación en vinculación dialéctica con los modelos de racionalidad práctica, podemos hacer caso al potencial de crítica y de autocorrección que encubren las prácticas efectivas. El problema es, entonces, tomar verdaderamente en cuenta la realidad de una práctica histórica, comprender la acción en toda su complejidad. La acción en situación está siempre confrontada a los imperativos que desunen la razón formal: la molestia de lo real y la exigencia del valor, los esquemas cognitivos y las prescripciones de la acción. Más allá de las posiciones abstractas del ser y del deber ser, del saber y de la acción, de la eficacia y de la legitimidad, la razón práctica se modela en el espacio de la posibilidad histórica. La razón práctica en ese sentido no es la autoimposición de una ley a priori que buscaría, por una aplicación a posteriori, realizarse en un mundo concreto; ella es más bien la empresa de la autoelucidación reflexiva, a partir de un contexto determinado, las vías posibles de la acción y la selección de la orientación, lo mejor posible en ese contexto. Es en ese sentido -no positivista- cuando deberíamos volver a visitar la historia de la invención moderna de la subjetividad. A lo largo de los tres siglos que nos separan de los primeros balbuceos modernos, experiencias de configuración práctica concreta de la subjetividad han sido llevadas a cabo, en registros diferentes (político, estético, moral, pedagógico etc...). Importa tanto describir estas experiencias positivamente (como dispositivos, técnicas, etc...) como comprenderlas desde un punto de vista interno, desde el punto de vista de su perspectiva, es decir, desde el punto de vista de una razón práctica en contexto. Es por este

²³ N.T. En el texto original.

motivo que la actitud del genealogista nunca es suficiente, pues sólo puede tratar, desde una perspectiva externa, toda autointerpretación de la experiencia, permaneciendo ciega a un componente esencial del devenir histórico del sujeto moderno.

Secundo, hay que velar también por el respeto a la pluralidad de los senderos de la subjetivación moderna. La propia modernidad implica abrir espacios muy diversos de la experiencia de sí mismo. A este respecto, las simplificaciones y generalizaciones, inevitables de la descripción histórica, no deben ser tomadas al pie de la letra. Tomemos, por ejemplo, el psicoanálisis. El espacio abierto por el psicoanálisis a principios del siglo XX puede ciertamente, en una de sus interpretaciones, ser llevado a un encuentro con el positivismo; pero el psicoanálisis enuncia también otra figura de la subjetividad y sostiene un proyecto de "preocupación de sí mismo" muy particular en el universo moderno. Podemos, sobre las huellas de Freud, Melanie Klein o Lacan, intentar tematizar la ética implícita en su proceso y desprender de ahí la originalidad. Ello supone, es verdad, que se tomen "en serio" las pretensiones de validez del movimiento psicoanalítico. Por otra parte, el psicoanálisis se despliega al lado de otros dispositivos, como aquel del arte o de la medicina, sin confundirse. Importa, desde el punto de vista del historiador, tener en cuenta esta pluralidad. Sería dudoso desear, por una totalización forzada, llevar esta pluralidad de dispositivos a algunas categorías unitarias, que dirían la verdad del individualismo moderno. Al contrario, podríamos sugerir que el sujeto moderno emerge y prolifera sobre las ruinas del fundamento esencialista. Para decirlo en una fórmula, la existencia del individualismo moderno precede su esencia. El sujeto moderno no se deja llevar, bajo distintas fórmulas, a ninguna

definición unitaria, pues se define precisamente por su capacidad de autofundación y de autoexperimentación²⁴. Es la pérdida del "fundamento último" (del ser, de la razón, etc...) que constituye su condición de posibilidad. Desde entonces, sería vano totalizar ese devenir bajo la forma de un solo concepto de sujeto (por ejemplo, el sujeto del dominio) o de una forma fija de la razón. Paradojalmente, en algunos textos Foucault resiste mal esta tentación, y ciertas declaraciones suyas deben ser vistas del lado de un "totalismo" parecido a aquel de la Escuela de Francfort. Pero el mundo no está clausurado, porque ni la razón ni la acción lo están en un mundo que renunció al platonismo. Se puede hacer la verificación histórica: figuras "totalitarias" del sujeto han acompañado incontestablemente el devenir histórico de la modernidad; ellas no han podido impedir que otras experiencias de sí, minoritarias, hayan abierto caminos diferentes. Así, por ejemplo, en la época de apogeo del positivismo el psicoanálisis y la experiencia del arte moderna anunciaban ya la fase post-positivista.

Reponiendo la categoría de la razón práctica, me parece que es posible evitar la reducción de la razón moderna a la razón positivista; la reducción del discurso al poder; la reducción de la figura del sujeto a aquella del sujeto del dominio. Nada indica, entonces, la necesidad de anunciar la muerte del sujeto porque una cierta figura del sujeto esté agotada -declaración precipitada que Foucault mismo desmintió en el fin de su vida, como lo recordé anteriormente-. No por ello caemos en una historia de las ideas o de los valores cuya vacuidad Foucault dejó bien demostrada. La cuestión es ahora saber cuáles son las figuras prácticas posibles del sujeto cuya emergencia podemos tematizar en el campo histórico contemporáneo, respecto a las transformaciones de la relación a la norma, al saber

²⁴ Es ese rasgo que lo distingue muy profundamente del sujeto cristiano, tal cual como San Agustín lo pone por ejemplo en escena en sus "Confesiones".

y al poder. Esta tematización es una tarea para la sociología²⁵. Por esto, la metodología de Foucault sigue siendo una fuente de inspiración. Las figuras posibles del sujeto que son así clasificadas no encuentran su verdadero sentido más que resituadas en la larga historia de una autotematización de la razón práctica, hilo conductor de nuestra modernidad.

2°. Tras la pista, es el teórico quien debe preguntarse qué perspectivas ofrecen estas emergencias contemporáneas desde el punto de vista de una razón práctica que no ha abandonado la exigencia de una crítica. De este modo, el diagnóstico de nuestro tiempo debe hacerse tanto bajo el ángulo de una tematización normativa como de una tematización descriptiva. A este respecto, el teórico no puede desprenderse de la responsabilidad de su enunciación; no puede evitar ser portador de juicios prácticos que debe justificar por una argumentación. Este punto de vista crítico encuentra su verdadera justificación sólo en una reflexión renovada sobre el status de la razón y de la figura axiológica del sujeto que ella transmite.

La posibilidad de ir más allá de una representación positivista de la razón tiene profundas vinculaciones, lo hemos visto, con una posición correcta de la figura del sujeto. El trabajo filosófico es, sobre este punto, ineludible. Estos procesos prometedores fueron intentados por Ricoeur (1990) y por Habermas (1993: chap. VIII). La apuesta es producir una nueva figura de la reflexividad que escape a los dualismos de la filosofía de la conciencia, a ese proceso diabólico de subjetivación-objetivación del cual Foucault subrayó fuertemente la importancia en la modernidad (especialmente Foucault: 1966: último capítulo). Es necesario también someter esta reflexividad normativa, reconstruida

filosóficamente, a la prueba de los dispositivos de poder-saber en la sociedad moderna y pensar en consecuencia, sus mutuas correcciones. Así, hay que preguntarse críticamente cuál es el valor práctico del sujeto de la autenticidad, tal cual es invocado hoy día en lugares como la escuela o la familia; el valor del sujeto post-moderno tal como es desplegado en prácticas contestatarias o consumistas; el valor del sujeto "del resultado", como dice Ehrenberg (1992), figura épica a la cual se adhieren las élites del capitalismo avanzado etc... Ya que estas figuras de la subjetivación son portadas por dispositivos de poder y de discurso que producen efectos en lo real, una teoría de la razón práctica no puede hacer la economía de aquella vuelta sociológica. Tal será nuestra versión del "equilibrio reflexivo" que reclama John Rawls para fundar una filosofía política: no se trata de operar el va y viene comparativo entre principios formales e intuiciones morales concretas, sino entre una figura de la reflexividad práctica construida por la argumentación filosófica y análisis concretos, empíricamente informados y sociológicamente teorizados, dispositivos sociales contemporáneos.

3° Esto nos lleva inevitablemente a abogar por la introducción de una dimensión política en la teoría contemporánea del sujeto. En el confluente de una elucidación histórica de nuestra situación contemporánea y de una reflexión sobre las exigencias de la razón práctica por una posición adecuada de la subjetividad, es necesario afrontar la cuestión política: ¿Qué hacer, en la coyuntura presente? Plantear la cuestión es intentar identificar vías de acción realistas para el despliegue de dispositivos de socialización que sean dignos de una noción crítica del sujeto a promover. Los procesos de desformalización de las normas y de reorganización del control social están cargados de promesas y amenazas. Asumirlo impone al teórico

²⁵ Es así que entiendo el sentido del trabajo ejecutado por Bajoit y Franssen (1994).

inscribirse en los debates que acompañan la reestructuración contemporánea de los aparatos de socialización. Así, por ejemplo, la escuela o el sistema judicial son lugares estratégicos donde se reorganiza la economía de la ley y del control, y donde se redistribuyen la parte del colectivo y la parte de lo individual. Las prácticas institucionales no son neutras; por una razón práctica que ha hecho su duelo de la filosofía de la conciencia, ellas son el verdadero campo de batalla. Desertando la interioridad del sujeto, es en ese lugar donde la problemática ética encuentra, en adelante, su pertinencia.

De este nuevo dato teórico, Foucault tuvo la profunda intuición. No podemos seguirlo hasta el fin en sus posiciones nietzscheanas; pero

nuestra deuda, respecto a él, sigue siendo considerable. Ninguna teoría del sujeto hoy día puede hacer como si Foucault no tuviese nada que decirnos. Foucault sigue siendo una indicación sobre la ruta que nos conduce a un pensamiento post-metafísico y a una teoría de la razón desembarazada de las reliquias del idealismo; Foucault continúa como un gufa precioso para un método sociológico e historiográfico reflexivo; y, sobre todo, da testimonio de la exigencia crítica que debe guiarnos en la aprehensión del tiempo presente. A ese título, él es uno de los componentes esenciales de quienes Bernstein (1992) llamó la "nueva constelación" de la modernidad. Por ello, por más lejos que vayamos en la crítica, no podemos dejar de dedicarle un pensamiento fraterno.*

BIBLIOGRAFÍA

- BAJOIT G. & FRANSSSEN A. (1994), *Les jeunes dans la compétition culturelle*, Paris : P.U.F (Sociologie d'aujourd'hui) (à paraître).
- BASTARD B. & CARDI-VONÈCHE L. (1988), *L'irrésistible ascension de la médiation familiale*, in "Annales de Vaucresson", n° 29, 1988/2.
- BECHTEL W. & ABRAHAMSEN A. (1993), *Le connexionnisme et l'esprit. Introduction au traitement parallèle par réseaux*, trad. J. Proust, Paris: cd. La découverte (textes à l'appui série sciences cognitives).
- BECKERS M. & DIGNEFFE F. (1994), *De l'individuel au social: l'approche biographique*, en Albarello, Digneffe et al., "Pratiques de recherche", Paris: Dunod (à paraître).
- BERNSTEIN R.J. (1992), *The New Constellation. The Ethical-Political Horizons of Modernity/Postmodernity*, Cambridge: The MIT Press.
- BOLTANSKI L. & THEVENOT L. (1991), *De la justification. Les économies de la grandeur*, Paris: Gallimard (N.R.F. Essais).
- BOHMAN J.F. (1991), *New Philosophy of Social Science. Problems of Indeterminacy*, Cambridge: MIT press.
- BOHMAN J.F. HILEY D., & SHUSTERMAN R. (1991), *The Interpretive Turn, Philosophy, Science, Culture*, Ithaca-London: Cornell University Press.
- BONAFE-SCHMITT J.P. (1992), *La médiation: une justice douce*, Paris: Syros (Alternatives).
- DE MUNCK J. (1993), *La médiation en perspective*, en "Les cahiers du Centre de Philosophie du Droit", n°15, Louvain-La-Neuve, Faculté de droit de l'Université Catholique de Louvaine.
- DEROUET J.L. (1992), *École et justice. De l'égalité des chances aux compromis locaux?*, Paris : Métailié.
- DREYFUS H. & RABINOW P. (1984) Michel Foucault. *Un parcours philosophique*, trad. F. Durand-Bogaert, Paris: Gallimard (Folio Essais).
- DREYFUS H.L. (1992), *La portée philosophique du connexionnisme*, en Andler D. (ed), "Introduction aux sciences cognitives", Paris: Gallimard (Folio/essais).
- DUBET F. (1991), *Les lycéens*, Paris : Seuil.
- EHRENBERG A. (1991), *Le culte de la performance*, Paris : Calmann-Levi (Essai - Société).
- FERRY L. & RENAUT A. (1986), *La pensée 68. Essai sur l'antihumanisme contemporain*, Paris: Gallimard.
- FOUCAULT M. (1966) *Les mots et les choses*, Paris: Gallimard (N.R.F).
- (1971), *Par delà le bien et le mal*, en "Actuel", n°14, novembre, p.47.
- (1975), *Surveiller et punir*, Paris Gallimard (Tel n° 225).
- (1976) *Histoire de la sexualité 1 : la volonté de savoir*, Paris: Gallimard (N.R.F).

- (1984 a), *Histoire de la sexualité 2 : l'usage des plaisirs*, Paris : Gallimard (N.R.F).
- (1984b) *Entretien, suivi de deux essais*, en Dreyfus & Rabinow (1984).
- (1984c) *Un cours inédit sur "Kant in Was ist Aufklärung?"*, en "Le Magazine littéraire", n° 207, mai 1984, 35-39.
- FREIDBERG E. (1993) *Le pouvoir et la règle. Dynamiques de l'action organisée*, Paris : Seuil (Sociologie).
- GARAPON A. (1988) *Justice rituelle et justice bureaucratique*, en "Annales de Vaucresson", 2/1988, n°29.
- GAUCHET M. (1985) *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*, Paris: Gallimard (N.R.F).
- HABERMAS J. (1988) *Le discours philosophique de la modernité. Douze conférences*, Paris: Gallimard (N.R.F).
- (1989) *Le présent pour cible*, en Couzens Hoy D. (ed.), "Michel Foucault. Lectures critiques", trad J. Colson, Bruxelles: De Boeck Université- Éditions universitaires.
- (1993) *La pensée postmétaphysique*, trad. Rochlitz, Paris:A. Colin (Théories).
- HAGE J.H. & POWERS C.H. (1992) *Post-industrial lives. Roles and Relationships in the 21st Century*, London: Sage Publication.
- HARVEY D. (1990), *The Condition of Postmodernity*, Cambridge-Oxford: Basil Blackwell.
- HORKHEIMER M. & ADORNO Th. (1974), *La dialectique de la raison. Fragments philosophiques*, trad. Faufholz, Paris: Gallimard.
- KELMAN M. G. (1984), *Trashing*, en "Stanford Law Review", vol. 36, 293-347.
- KRIPKE S. (1982), *Witgenstein on Rules and Private Language. An Elementary Exposition*, Oxford : Basic Blackwell.
- LIPOVETSKI G. (1983), *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Paris : Gallimard (N.R.F).
- MINGIONE E. (1991) *Fragmented Societies. A Sociology of Economic life beyond the market paradigm transe, goodrik*, Oxford- Cambridge: Blackwell.
- RENAUT A. (1989) *L'ère de l'individu*, Paris: Gallimard (N.R.F).
- RICOEUR P. (1990), *Soi-même comme un autre*, Paris : Seuil (L'ordre philosophique).
- RODWIN M.A. (1993), *Medicine and Morals. Physician's conflicts of interest*, Oxford University Press.
- ROSANVALLON P. (1979), *Le capitalisme utopique. Critique de l'idéologie économique*, Paris: Seuil (Sociologie politique).

SCHLAG P. (1991), *The Problem of the Subject*, en "Texas Law Review". Vol 69, 1627-1743.

TAYLOR Ch. (1989), *Foucault, la liberté, la vérité*, in Couzens Hoy D. (ed), "Michel Foucault. Lectures critiques", trad J. Colson, Bruxelles: De Boeck Université-Éditions universitaires.

TAYLOR Ch. (1994), *Le malaise de la modernité*, trad. Melançon, Paris : Cerf (Humanités).

TOURAINÉ A. (1991). *Face à l'exclusion*, en "Esprit", février, 7-19, Critique de la modernité, Paris : Fayard.

WELLMER A. (1991), *The Persistence of Modernity. Essays on Aesthetics Ethics and Postmodernism*, Cambridge : the MIT Press.